EL LORO PACO.

En una jaula cualquiera de un zoo cualquiera se aloja un animal moldeado por la evolución para volar en selvas tropicales. Sin embargo, nuestro empeño de poseer, de cazar, acumular o acaudalar todo aquello que deseamos o nos parece bello, condena a estas especies a un cautiverio que seguro supone ausencia de bienestar para ellos, pero que muchas veces también lo es para nosotros mismos.

Llovía, por lo que se esperabamos un día tranquilo. Solo algunas citas y un par de cirugías programadas. Para un viernes, no era mal plan. Pero la cosa cambió cuando aquellos estridentes sonidos inundaron la sala de espera y poco después, la clienta empezó a contarme la historia.

Posada la jaula sobre la mesa de consulta y observando el escenario en su interior, resultaba sencillo poner imagen a ese socorrido término utilizado en medicina aviar, el "síndrome de ave enferma". Ante mi uno de los animales más bellos del planeta, el guacamayo azul y amarillo (*Ara ararauna*), en un estado de degradación física y mental propio de las víctimas del holocausto.

A pesar de los colores de su nombre, el marrón y el verde eran los tonos predominantes sobre sus plumas. Sus ojos casi cerrados, su abundante descarga nasal y sobre todo su extrema delgadez (con un peso de unos 500 gramos, para un animal que alcanza el kilo y medio en buen estado), le hacían candidato ideal a formar parte de nuestra lista de avisos para cremación.

Paco era el resultado de una herencia. Fue el legado de un difunto, fallecido un mes atrás, a su hermana menor, con la que compartía esa extraña afición a la ornitología. Desde entonces, el animal no había vuelto a ser el mismo. Había dejado de comer, de moverse y sobre todo de hablar sin parar sobre temas interesantísimos.

La cosa parecía clara. En ese estado, estos animales no suelen aguantar ni que les tomemos en nuestras manos para una simple exploración, pero siendo el único bien fraternal que esta señora atesoraba, nos pidió que hiciéramos todo lo que pudiéramos por salvar su existencia. Supongo que pensaba que parte de la vida perdida quedaría en este mundo si Paco permanecía en él.

El positivo en Psitacosis iluminó todo el laboratorio y a pesar de las explicaciones sobre la gravedad de la enfermedad, las complicaciones del tratamiento y de que se trataba de una zoonosis, tiramos para adelante. Sorprendentemente, Paco aguantó el tratamiento inicial, incluida una anestesia general y tratamiento con doxiciclina intravenosa, administrada muy lentamente durante quince minutos. ¡Bien, sólo quedaban 9 semanas más de tratamientos de choque!

Lo curioso fue cuando, una semana más tarde y con leves signos de recuperación de nuestro paciente, el hijo de la dueña empezó con signos de una extraña gripe. Y ante esto, no pudimos más que aconsejarle que fuera al médico y le pusiera en aviso sobre la enfermedad de Paco.
Su respuesta siete días mas tarde fue que, según el médico facultativo, no parecía justificado un análisis tan específico para una simple gripe. Bueno, nosotros también tenemos nuestros protocolos. Así que, como buena madre preocupada, decidió acudir a consulta de un médico privado y su sorpresa vino en forma de un positivo a *chlamydia psittaci* para el chaval. Suerte que en un humano joven y con tratamiento adecuado, esto parece que se cura.

Lo curioso fue cuando unas anestesias más tarde y con Paco ya metido casi en el peso normal, la propietaria me comentó derramando alguna lágrima, que había estado recordando cómo fueron los últimos días de su hermano.

Relató cómo no mejoró su neumonía, que poco a poco se lo fue llevando. La cosa parecía razonable para una persona mayor, con cardiopatía y hábitos no excesivamente saludables. Era un enfermo crónico, pero su hermana no podía dejar de pensar que la fatal bacteria pudiera haber sido la desencadenante del deceso. La verdad, ahora eso importaba poco. Paco había perdido al que posiblemente fuera el único sustituto de su especie con el que compartía la vida.

Sin embargo, tras ese amago de rendición, parece que había decidido permanecer aquí y compartir su cautividad con la familia que le quedaba.

Me gusta pensar que, en todos los ámbitos de la profesión, los antes albéitares, ayudamos a mejorar la salud tanto de nuestros pacientes como la de sus familiares y cuidadores humanos.